

Discurso Cuenta Rectoría "Centenario". 10 de Junio de 1988, Aula Magna.

1. Introducción

En el discurso que acompaña a la Cuenta de Rectoría, se explican, cada año, las realizaciones y proyectos del que le precedió. Pero, al conmemorar hoy el centenario de la fundación de nuestra Universidad, sería más propio tratar de poner los acontecimientos presentes en la perspectiva de este siglo de historia, y en el marco de la centuria que ahora empieza.

Sé muy bien que los hombres somos débiles, y que nuestras intenciones y propósitos, por sanos que nos parezcan, no reflejan en su integridad lo que Dios espera de nosotros. Pero así y todo, movido por una confianza filial, quiero proponerles estas consideraciones en presencia de nuestro Padre común; incorporados a Cristo, en la misteriosa unidad de la Iglesia; movidos por el Espíritu, que hace dóciles nuestras voluntades y renueva la faz de la tierra.

Esta institución en la que trabajamos, ha sido puesta bajo el patrocinio del Corazón de Jesús, que es, al mismo tiempo, la expresión más vívida del amor divino y la más alta del amor humano, lugar misterioso de la comunión, que hace que nuestras pobres obras mortales adquieran dimensión de eternidad. A El le confiamos nuestras palabras, proyectos y realizaciones.

Es justo recordar hoy a nuestros grandes Rectores; a nuestros profesores eminentes; a la pléyade de alumnos que, salidos de estas aulas, han animado la vida pública y profesional en el país; a los benefactores que han contribuido a que esta obra se engrandeciera y se hiciera fecunda y respetada. Que Dios se los pague. Es también hora propicia para recordar que, desde esta Casa, se ha hecho mucho para configurar la historia cultural, científica, profesional y política del Chile del siglo XX. Y al mirar la insuficiencia de los medios empleados y la propia humilde capacidad de los hombres que han logrado tanto, podemos repetir nosotros también: "Venid y ved, cuán grandes son las cosas que ha hecho el Señor por mi vida".

2. Algunos Rasgos de la Universidad

Quiero destacar algunos rasgos de nuestra institución, que me parecen muy característicos de ella, y que son útiles para recordarlos en este día.

2

El primero, ha sido su tendencia al desarrollo y la diversificación, que nos ha conducido, desde unas pocas modestas escuelitas iniciales, hasta el crecido número de Facultades de hoy; desde las cátedras, servidas con abnegación por profesores aislados, hasta los equipos de investigación especializada, Hospital Clínico, servicios tecnológicos, grandes bibliotecas. O a las creaciones que se le han agregado a la Universidad, ya sea para cubrir áreas conexas de la cultura y la educación, -como han sido el Club Deportivo, la Corporación de Televisión, la Fundación DUOC, las Fundaciones de Vida Rural, el Hogar Catequístico- , ya sea para llegar a regiones distantes de la metrópoli -como las Sedes Regionales del Maule, Talcahuano, Temuco, Villarrica y Escuela de Educación de Curicó-, ya sea para introducir formas nuevas de concebir el trabajo universitario, como es el caso del Proyecto CRISOL, de desarrollo computacional.

El impulso profundo de ese crecimiento, ha sido el mismo que señalaba Abdón Cifuentes en nuestra Asamblea Inaugural, de Junio de 1888, hace cien años : el de llevar a todos los ambientes de la cultura la presencia vivificadora del Evangelio. Aunque nos parezca a ratos que este movimiento ha sido desordenado y ha andado como a tientas, no debemos pasar por alto esa característica suya de dinamismo, de empuje, y aun de urgencia de servir. La creatividad colectiva es un rasgo que debemos reconocer allí donde se encuentre, que debemos respetar y fomentar. En estos pocos años, el éxito que han alcanzado ciertas políticas de descentralización académica y económico-administrativa, es un testimonio de la verdad de este aserto.

Un segundo rasgo, ha sido el de un profundo sentido de institución, una arraigada noción de pertenencia, de obra común, de tarea solidaria, que ha conseguido que ese impulso diversificador y expansivo de que hablaba, no rompa la unidad. Porque ésta es una institución. No es un proyecto particular o de unos pocos, sino una realidad histórica y social que se ha ido desarrollando paulatinamente. Cada uno de nosotros es individualmente más fuerte, en cuanto se incorpora al espíritu de la institución a la que con su propio trabajo él contribuye a crear y mantener, y a cuyo tesoro de experiencia recurrimos casi instintivamente en los momentos de crisis y dificultades.

Consecuencia de ello, es un tercer rasgo notable, que es un estilo de convivencia que se marca tanto en las relaciones interpersonales como en la vida de la organización toda entera, y que está penetrado por los valores esenciales que movieron a la creación de la Universidad, marcado por el respeto a las personas, y a su labor creativa. Esto, que se transmite de generación a generación, y que es como la atmósfera de la que vive esta comunidad, constituye, en verdad, la parte más querida de su tradición. Porque nuestra Universidad tiene una tradición, la cual se manifiesta en una comunidad de ideales que es mucho más profunda y duradera que las inevitables diferencias que separan a los hombres. Por eso, queremos vivir y

3

transmitir esa tradición, concientes de que tiene un valor incalculable. Y, si es necesario, y por doloroso que resulte, queremos defenderla, porque los que no quieran incorporarse a ese estilo, no tienen nada que hacer entre nosotros.

Finalmente, y como la verdadera corona de nuestra vida, creo que nuestra Universidad tiene en un grado alto, tal vez no tan alto como quisiéramos y debiéramos tenerlo, pero muy real, un sentido de misión. Desde la primera Asamblea, hace cien años, han sabido nuestros universitarios que ellos eran parte de la misión evangelizadora de la Iglesia; que no estamos aquí sólo para la realización de finalidades personales, sino que somos enviados al cumplimiento de una misión trascendental: misión de evangelización de las culturas, en la comunión de la Iglesia, y en profunda fidelidad a su magisterio, y, singularmente, al sucesor de San Pedro.

Impulso creativo, sentido de institución, tradición de convivencia, conciencia de una misión, son rasgos que han acompañado a esta obra por encima y más allá de las debilidades, claudicaciones e infidelidades humanas.

3. La Necesidad de la Universidad Católica

Pero los últimos veinticinco años han puesto a dura prueba en el mundo entero la noción misma de universidad. La dispersión del conocimiento en infinidad de direcciones divergentes, la pérdida de la fe en el valor social de la verdad, la complicación tecnológica, la transformación de las instituciones universitarias en grandes organizaciones despersonalizadas, junto a otras muchas razones, han llevado a cuestionar hasta la validez de esa gran empresa de búsqueda colectiva del saber, que ha acompañado a nuestra cultura desde la Edad Media. También nosotros hemos vivido esa crisis, y hemos vivido, además, la crisis del sentido de las universidades católicas. ¡Cuántos fueron los que incurrieron, en la falacia que criticaba Pablo VI, de pensar que una universidad católica cumplía mejor su misión en cuanto atenuaba su nota distintiva, y aparecía confundiendo en el conjunto de la educación superior! Frente a ellos se alzó, en 1975, la palabra categórica del mismo Pontífice, al decir: "Hoy más que nunca, la Iglesia necesita de Universidades Católicas. ¡Ay de nosotros si un día lo olvidáramos!"

Por eso, no podríamos nunca olvidar los gestos y palabras de S.S. Juan Pablo II, cuando vino a esta casa universitaria, hace poco más de un año, a comunicarnos: "...mi aliento a proseguir en la consecución de los objetivos propios de una Universidad Católica: calidad y competencia científica y profesional; investigación de la verdad al servicio de todos, formación de las personas en un clima de concepción integral del ser humano, con rigor científico y con una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos; participación en la misión de la Iglesia en favor de la cultura". Y a decirnos que "... en todo ese cometido es preciso

4

tener presente que la Universidad Católica debe ofrecer una aportación específica a la Iglesia y a la sociedad, y que ella encuentra su significado último y profundo en Cristo, en su mensaje salvífico, que abarca al hombre en su totalidad, y en las enseñanzas de la Iglesia"

Estas palabras constituyen una confirmación y una clarificación para la empresa centenaria de esta Universidad. Una universidad católica, fiel a su sello distintivo, es un aporte necesario a una sociedad pluralista. Nuestra Universidad es necesaria, nuestra obra es actual, tenemos la obligación moral de hacerla fecunda.

4. Universidad y Educación

Pero la universidad aparece como una realidad muy compleja, difícil de aprehender, hasta el punto de que muchas veces nos preguntamos dónde reside su verdadero principio de unidad. Quiero recordarlo ahora, en esta hora solemne de nuestra historia, para que no nos dejemos seducir por apariencias. La universidad es un espacio social en el cual se cree en el valor de la verdad, donde se tiene en alta estima el método para alcanzarla, y donde, en virtud de esa fe en la verdad y en la capacidad del hombre para encontrarla en comunidad, se genera un proyecto de autoeducación. Ese proyecto es común al más avezado de los maestros y al más joven de los estudiantes, y se manifiesta, desde luego, en la voluntad, el deseo de aprender. La universidad es el sitio natural de los que aprenden, de los que no han perdido ni el deseo ni la ilusión de educarse. Es universitario el que quiere y sabe educarse a sí mismo en el sentido más pleno del término, el que sabe desarrollar sus capacidades para juzgar y obrar rectamente.

El valor trascendental de la universidad es justamente la verdad. Es porque existe una verdad y porque ella es alcanzable, que nos juntamos en esta institución, y es por eso que enseñamos y que investigamos y que podemos proponerle a la sociedad formas de perfeccionar la convivencia.

Y ésta es la razón de fondo por la que la universidad está cuestionada hoy día: porque hay una crisis del sentido y el valor de la verdad, hecho que ha sido resaltado vívidamente por el Papa. JUAN PABLO II Nuestra época está penetrada por el materialismo, que no ve en la verdad sino una instancia del manejo del mundo por el hombre, y por el nihilismo, que cree que la existencia de un orden cognoscible en la realidad no es más que una ilusión.

Por lo mismo que creemos en la verdad, es que creemos profundamente en el valor de esta institución, como institución educativa. Porque, en último término, es el contacto con la verdad lo que nos educa. Con la verdad sobre el mundo, la verdad sobre el hombre, la verdad sobre Dios.

5. Profesores y Estudiantes

Corresponde pensar primero en el destinatario propio o por excelencia de nuestra educación, que es la juventud. A ella le habló el Papa Juan Pablo II en el encuentro del Estadio Nacional, para recordarle que "Dios cuenta con los jóvenes y las jóvenes de Chile para cambiar el mundo"; para cambiar este mundo, que no está muerto sino adormecido, y que está esperando la palabra imperativa del Señor para levantarse y vivir.

Pero nosotros debemos preguntarnos: Nosotros, los profesores, ¿somos acaso siempre concientes de esa obligación de ayudar a la juventud a educarse a sí misma? ¿O nos conformamos con coexistir con la apatía, la agresividad, la sensualidad, las pequeñas codicias y los ya grandes egoísmos? Pensemos que tenemos un encargo sagrado, pensemos que es tal vez por medio de nosotros que quiere el Señor decirles a los jóvenes que se yergan, no para que nos imiten, no para que nos sigan o nos sirvan, sino para que lleguen a ser integralmente ellos mismos, lo que significa ser integralmente para El.

El profesor que procura sacar a luz y aclarar un problema de su ciencia en la mente de su alumno; el que discurre métodos de enseñanza más atractivos para hacer amar la verdad que enseña; el que es capaz de inspirar el rigor y la adhesión a la verdad; el que enciende en sus discípulos la llama que los hará buscar para siempre la propia y mejor educación, ése profesor es un agente del Señor de la Vida, porque está haciendo que ella brote como un manantial en un espíritu hermano. Son profesores así los que han sido la fuerza verdadera de esta Universidad. Y en esta hora de celebración del centenario, yo quiero rendir un homenaje a todos los maestros de esta Casa, los vivos y los muertos, los que han puesto de la sustancia de su espíritu para que otros lleguen a vivir.

Pero ocurre también el proceso inverso, que los anhelos y los problemas de los jóvenes nos interpelan a nosotros, los que ya no lo somos. Quiero instar en esta hora ciertamente difícil, a que no desoigamos esa voz. No soy de los ilusos que creen que todo lo que viene de los jóvenes es bueno; pero si permitiéramos que las continuas coyunturas conflictivas, originadas en tensiones del momento, nos indujeran a una actitud de resistencia o incomprensión frente a ellos, estaríamos olvidando nuestra propia obligación de autoeducarnos en la Universidad, por el contacto y el intercambio recíproco. No es sólo el profesor el que educa al estudiante. También ocurre, y con igual fuerza, el proceso inverso. Y ése ha de ser el estilo de una educación superior católica, fiel a su vocación de servir a las personas.

6

Esto supone también una profunda revisión de nuestras acciones como profesores universitarios. Movidos por el amor a la juventud, por una firme convicción sobre la trascendencia de nuestro propio trabajo, debemos ver en la enseñanza una tarea primordial. Nada hay más destructivo del espíritu de una verdadera universidad, que el desdén o el desgano frente a la docencia.

Insisto aquí sobre estos temas, porque la acción de la Universidad no es la acción de la Dirección Superior, sino principalmente la de la comunidad académica. A los profesores de la Universidad, a las unidades académicas, les corresponde determinar los contenidos de su docencia e investigación, mientras que la Dirección Superior está llamada a fomentar las interrelaciones, los contactos interdisciplinarios, las mallas curriculares y, en general, sólo aquellas modalidades de acción que no sea posible desarrollar desde las unidades.

Y a todos: profesores, estudiantes y administrativos, les dirijo un llamado vehemente a que hagan suya la obra del crecimiento espiritual de esta Universidad : que tomen conciencia en especial de la trascendental importancia de la Pastoral Universitaria, de los movimientos de Iglesia, de todas las acciones por las que el Espíritu quiere penetrarnos. Sin vida religiosa, no hay Universidad Católica.

6. Los programas de pregrado

El espíritu al que aludía más arriba, debe tener inmediata aplicación en nuestras prácticas docentes cotidianas. En primer lugar, en nuestra enseñanza de pregrado. Debemos aspirar a que ella sea realmente universitaria: En los currículos científicos y profesionales deberíamos preocuparnos de que ellos sean relativamente más breves, menos atiborrados de materias inconexas que lo que suele ocurrir; pero que sean profundamente formativos en lo que es propio y específico de cada profesión. Nosotros sabemos que una parte muy grande de las cosas que enseñamos se harán obsoletas en un tiempo muy breve. Tenemos entonces la obligación de podar nuestros currículos de todo lo superfluo, para dar lugar a aquellos aspectos de la formación científica y profesional que son, por naturaleza, más permanentes. Carreras tal vez más breves; currículos más simples y de estructura más clara; una insistencia permanente en lo formativo. Enseñar a aprender, y enseñar el gusto por aprender y por aplicar lo que se ha aprendido, ése debería ser el norte de nuestra docencia de pregrado.

7. Ciclos Básicos

Una de las iniciativas que me interesa promover, a pesar de todas las dificultades que ha encontrado, es la de los Ciclos Básicos, concebidos como una manera de flexibilizar la admisión, y de dar una formación básica más amplia, y si se quiere más generalista, por lo menos a un número grande de nuestros alumnos. Para que ellos prosperen, necesitamos de la comprensión y ayuda de nuestras Facultades clásicas, para que los Ciclos Básicos lleguen a ser una vía real de ingreso alternativo a ellas. Aprovecho para recordarles a nuestras más grandes y antiguas Facultades, que a ellas les corresponde un papel vital en procurar no sólo su propio progreso, sino el progreso de las más nuevas; y que si su experiencia no puede vitalizar al resto de la Universidad, por ejemplo en la colaboración al desarrollo de las ciencias que les son más afines, ella será en buena medida estéril.

8. Formación General

Pero, al mismo tiempo, se nos impone como una obligación de nuestra condición de universidad y de católica, la procura de una formación cultural más amplia, más sólida, más estructurada, de nuestros alumnos. Es profundamente preocupante que la formación de nuestra juventud en la historia, ,,,0,,,,, las letras, la filosofía, las ciencias sociales, sea tan reducida o fragmentaria. Un hombre que no tiene raíces en las humanidades, no puede tener un concepto afinado de lo que es verdaderamente el hombre.

Peor todavía: en nuestra condición de Universidad Católica, miramos con asombro la ignorancia religiosa en un país cristiano, la debilidad de formación en la doctrina que puede iluminar nuestras inteligencias con la revelación de Dios. ¿Hombres y mujeres desarraigados de la Palabra de Vida y de los logros de la cultura humana? No es eso lo que queremos obtener. No valdría la pena. Esa es la perspectiva que nos ha llevado a reorientar nuestros currículos de formación general, en cuya reformulación dimos pasos muy importantes en 1987; para los cuales queremos contar con los mejores profesores de nuestra Universidad, y hacia los cuales pido encarecidamente a mis colegas en el profesorado que tengan una disposición positiva, de modo de darles un sitio estable, respetado y creativo en nuestro esfuerzo docente.

Quiero destacar, como muy positivo y significativo, el impulso que se percibe, nacido de las propias complicaciones morales del trabajo profesional moderno, de desarrollar la enseñanza de la ética profesional, y el estudio sistemático de los problemas que ella plantea. Esfuerzos como los que se están realizando en la Facultad de Medicina o en la Facultad de Economía, por citar sólo dos, son extremadamente interesantes.

9. Desarrollo de la Docencia

Creo que nadie puede desconocer la importancia de esta tarea. Pero quiero llamar la atención sobre un aspecto que me parece crucial. Si comparamos nuestros currículos universitarios con los de otros países de cultura más asentada, nos llamará la atención que la universidad chilena tiene que hacer un enorme esfuerzo de suplencia en ciencias exactas, en ciencias naturales, en ciencias sociales, en humanidades, en formación religiosa. Una parte de nuestro esfuerzo docente, no es propiamente universitario, sino que obedece a la necesidad de poner remedio a deficiencias notorias de formación previa. Esta circunstancia nos impone limitaciones que todos los profesores conocen, porque las han sufrido.

Si juntamos nuestra obligación de dar una enseñanza científica y profesional suficiente, con la de ayudar a una verdadera formación intelectual, y con la de suplir deficiencias de formación preuniversitaria, se nos configura un conjunto de problemas cuya magnitud no podemos desconocer. Y a cuya solución deberíamos hacer converger, no sólo nuestras inteligencias y voluntades, sino todos los medios que la tecnología moderna pone a nuestra disposición para facilitar el proceso de enseñanza-aprendizaje. Tratando de avanzar en esta línea, abrimos un Concurso de Proyectos de un Fondo de Desarrollo de la Docencia; en el cual resultaron aprobados 84 proyectos, por un valor total de 31 millones de pesos. Quisiéramos perfeccionar esa iniciativa en el futuro.

10. Educación Universitaria a Distancia, Teleduc

En este mismo contexto, quisiera destacar el proyecto de ampliación de TELEDUC que está próximo, Dios mediante, a hacerse realidad. Tanto a las autoridades de la Universidad, como a las de la Corporación de Televisión, les ha parecido que la amplia cobertura y reconocida calidad técnica de nuestro Canal 13, podían combinarse con modernas tecnologías, para cumplir un rol social de primordial importancia, cual es el de ayudar a superar las desigualdades educacionales que se dan a lo largo del país. La Corporación de Televisión ha hecho un gran esfuerzo técnico y de inversión, y esperamos, Dios mediante, salir al aire próximamente con los primeros cursos de matemáticas, ecología e idiomas, dedicados a profesores y alumnos de todo el país, e impartidos en horarios accesibles para ellos. E inaugurar, así, un empleo de la tecnología moderna al servicio de la promoción social, que debería llegar a ser una contribución muy interesante de la Universidad a la cultura nacional. El Ministerio de Educación está colaborando a la materialización de este proyecto, mostrando así una gran visión de futuro. Así, también, ha sido comprendido por la Agencia Japonesa para el Desarrollo, que nos está dando una ayuda técnica, de expertos y de material, en forma excepcionalmente generosa. Creo que éste es un proyecto digno de nuestro

año de centenario, y una demostración más de lo que se puede lograr para la cultura nacional, cuando una obra como la de la Corporación de Televisión es largo tiempo administrada con ponderación e inteligencia.

11. Educación Continuada

Y en este punto de la educación quisiera detenerme, para plantear un problema práctico que se está alzando ante nosotros. El crecimiento acelerado de los conocimientos es causa de que se haga cada vez más difícil entregarle al estudiante un bagaje de información que le haya de ser efectivamente útil por un tiempo muy largo. Es ya un lugar común decir que un profesional universitario debe renovar prácticamente todos sus conocimientos cada diez años; o, dicho de otro modo, que él debe cambiar prácticamente de profesión varias veces durante su vida. Un ingeniero que tiene hoy quince años de profesión, tuvo una preparación muy superficial, cuando no inexistente, en informática; un médico o un agrónomo, de diez o quince años de profesión, no supieron, en sus días de estudiantes, qué cosa era la biotecnología. Esta realidad abre un campo nuevo y vastísimo a la enseñanza universitaria, cual es el de la educación continuada.

Una universidad debe asumir una responsabilidad, no sólo hacia la juventud que acude a sus aulas, sino hacia todo el cuerpo profesional del país, para capacitarlo, perfeccionarlo, especializarlo, ponerlo al día, de tal forma de que sea capaz de hacer frente a los desafíos cambiantes de nuestro tiempo. en un espíritu de educación continuada. Ese es, como ustedes saben, el sentido de nuestro gran proyecto del centenario: el de un Centro de Extensión, Educación Continuada y Desarrollo, cuyas bases se echarán en el edificio del colegio Luis Campino. Ese proyecto, sin embargo, no pasaría de ser una mera obra material, si no lo situáramos en las perspectivas a las que aludía antes: de hacer una revisión radical de nuestros currículos, para hacerlos más formativos, breves y flexibles, y de asumir resueltamente una tarea social en la formación de los cuerpos profesionales del país.

12. Participación

Junto a esa tarea pedagógica, yo pido a nuestros profesores que estén abiertos a participar en la vida universitaria, en general. Varias veces se me ha pedido que abra canales de participación, como si los existentes no bastaran. Sin embargo, la experiencia sugiere que no es cosa de canales, sino de voluntad. Acogiendo muchas inquietudes expresadas, y con motivo del centenario, proyectamos este año unas Jornadas de Reflexión, que fueron precedidas de una encuesta que nos permitiera conocer la opinión del profesorado en muchos puntos importantes. Ni siquiera el 25% del total de los profesores respondió a la encuesta. El porcentaje se elevó a algo más del 30% en los de jornada completa. Estas cifras sugieren una escasa voluntad colectiva de ayudar a pensar la Universidad.

13. Investigación Científica y Postgrados

La investigación científica es, reconocidamente, una de las funciones centrales de la universidad. Aun antes de que la investigación alcanzara una importancia tan relevante en el desarrollo material de los pueblos, su papel educativo, formativo, se había hecho aparente, y ella había sido incorporada al trabajo universitario, en donde cumple una parte primordial en la tarea de educación personal a la que nos hemos referido: educación de los docentes y de los estudiantes, y, singularmente, educación de ese grupo selecto que estamos viendo crecer, año en año, los alumnos de posgrado, que forman el núcleo intelectual de la sociedad de mañana, muy especialmente aquellos que forman parte de nuestros programas de doctorado, cuyo futuro nos preocupa e interesa particularmente, porque creemos que el posgrado debe ser un rasgo distintivo de nuestra Universidad en el concierto nacional, por lo cual debemos preocuparnos en forma prioritaria de su desarrollo académico y de su financiamiento.

Nuestra Universidad se enorgullece de haber sido, por muchos años, uno de los sitios más importantes para el desarrollo de la investigación científica en el país. Desde los días lejanos de Ramón Salas, pasando por la obra pionera de hombres como Luco, Croxatto o tantos otros, nuestra investigación ha ido desarrollándose hasta ser una contribución importante al conjunto de lo que se hace en el país. Todos sabemos que eso no ha sido por mero azar, y que, desde hace muchos años, y en forma sostenida, las diversas direcciones que ha tenido la Universidad, en la medida de sus posibilidades, le han dado su respaldo.

Desgraciadamente, en un discurso como éste sólo se puede aludir a datos generales y fundamentalmente cuantitativos; los que no dan para nada una idea de la riqueza y variedad de este trabajo. Sin embargo, vale la pena destacar que, en el curso de 1987, se aprobaron por la Dirección de Investigación, DIUC, proyectos por valor de 116 millones de pesos; a los cuales se agregaron proyectos del Fondo de Desarrollo Científico y Tecnológico, FONDECYT, por 149 millones, y proyectos del Programa de Nacionales Unidas para el Desarrollo, PNUD, por un valor total de 3.5 millones de dólares. El conjunto de estas fuentes ha significado aportes por unos 4.7 millones de dólares, aunque la duración de los proyectos se extiende, en algunos casos, a tres años. Recomiendo la consulta de los listados de proyectos aprobados y de publicaciones en los textos de la Cuenta de Rectoría de este año, que muestran la amplia gama de materias cubiertas por estos trabajos.

Dos cosas conviene destacar aquí : primero, el surgimiento de fuentes de financiamiento concursable, de gran cuantía; lo que nos abre la posibilidad de utilizar nuestros propios recursos del modo más funcional que nos puedan sugerir los propios investigadores de la Universidad. Esto puede significar la generación de proyectos de más largo aliento, tal vez definidos en forma más amplia.

A continuación, es necesario destacar el rol creciente de la empresa privada en la generación y mantenimiento de proyectos y programas del más alto interés científico y tecnológico. El Centro de Desarrollo Hortícola, en la Facultad de Agronomía, y la expansión del DETEC, en la de Química, son algunos ejemplos aislados de esta voluntad conjunta de la Universidad y de la empresa de aportar sus recursos científicos y materiales a la obra de investigación tecnológica y de desarrollo. Nuestra Universidad tiene un largo historial de política de convenios orientada en este sentido, en el que ella presta el más natural de los servicios al progreso del país.

Pero esta actividad de muchos años, está cobrando urgencia e ímpetu, especialmente por la apertura del comercio exterior, que parece ser una condición necesaria del desarrollo económico del país, y que le impone a éste la necesidad de aportar a su producción de bienes y servicios una muy alta cuota de ciencia y tecnología avanzada, so pena de quedar fuera de la competencia mundial.

14. Exenciones Tributarias

Esta función social, de primera magnitud, se ve sostenida, en lo material, por la implementación de una política de exenciones tributarias, que debería dar los mejores frutos en los tiempos que vienen, y que es una señal muy positiva en la evolución del pensamiento del Gobierno en esta materia. Estoy seguro de que la política aprobada es perfectible, pero no puedo sino recordar con gratitud que, hace un año, y desde esta misma tribuna, yo pedí la instauración de sistemas de exención tributaria como ayuda a las universidades, frente a la caída de sus aportes fiscales. El paso dado va ciertamente en la dirección correcta.

15. Investigaciones Médicas

Este año centenario cuenta también con un proyecto importante de desarrollo de nuestra Facultad de Medicina, cual es el Centro de Investigaciones Médicas, que vendrá a llenar una necesidad nacional, y es un desarrollo académico orgánicamente ligado al desarrollo clínico y técnico de esa Facultad.

Esta obra, en avanzado proyecto, se agrega a otras completadas el año pasado, como la ampliación de la maternidad, el piso de pediatría y la unidad de toma de muestras de Alameda.

16. Ciencias Sociales y Humanas

La Universidad viene preocupándose, en forma creciente, de las ramas del saber que no son tributarias de las ciencias naturales o exactas: de la teología, la filosofía, las humanidades, el arte; del mismo modo como mantiene los Fondos Editoriales o la excepcional Revista Universitaria, que ella edita.

Hacemos en esto mucho menos de lo que quisiéramos. Y no podemos desconocer que estas disciplinas han sido largamente descuidadas en las instituciones de Iglesia en nuestro Continente, con las consiguientes tristes consecuencias culturales. La aprobación, en este año, de asignaciones especiales de investigación para humanidades y ciencias sociales, es un testimonio modesto, pero efectivo de la dirección en la que querríamos andar. Y quiero, ahora, insistir sobre la razón de este interés, porque no deseo que se lo atribuya a una mera concesión a las ideas convencionales sobre lo que debe constituir a una universidad.

17. La Universidad y la Cultura

El hombre vive una vida verdaderamente humana, gracias a su cultura. Esto es: el hombre está llamado a especificar y perfeccionar su naturaleza, de un modo que es peculiar para cada pueblo. La cultura de un pueblo es lo que le da el sentido y el valor a sus afectos, así como a sus actividades intelectuales o materiales, y viene a ser "el modo particular como los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos, y con Dios", en palabras del documento de Puebla de los Angeles.

Los estratos cultos de nuestra sociedad latinoamericana incorporaron hace mucho tiempo los valores básicos de la ilustración, que estaba movida por una fe robusta en la racionalidad, y orientada a una ordenación de la realidad social en cadenas de fines y de medios. No se necesita ser muy perceptivo para comprender que esa cultura, que tal vez nunca penetró al conjunto de nuestras comunidades nacionales, está siendo profundamente cuestionada. Es cierto que ella mantiene una fuerza notable, en un doble sentido: por un lado, ella tiende a erigirse en el criterio de juicio para toda la realidad, y, en segundo lugar, ella puede exhibir éxitos notables en la ciencia y en las técnicas, gracias a lo cual ha adquirido un carácter planetario. Y, sin embargo, ella se muestra cada vez más incapaz de proporcionarle un sentido a la existencia, hasta el punto de que sus indudables y deslumbrantes valores corren el riesgo de ser desconocidos y rechazados.

La Universidad debe ayudar a toda la colectividad nacional, a descubrir en sus raíces históricas y en su ser actual, esa forma colectiva de "ser nosotros mismos", como cultura y como nación. En palabras del Papa, Juan Pablo II en esta Casa: "encontrar las raíces de aquellas peculiaridades que hacen de la vuestra una cultura que tiene ciertos rasgos comunes con las de otras naciones del mundo latinoamericano, una cultura chilena, cristiana y católica, una cultura noble y original". La preocupación por el hombre, por el hombre latinoamericano, por el hombre chileno, por sus valores y desvalores, por su ser arraigado en una historia peculiar, y condicionado por tanto de una manera especial, no es un lujo prescindible, sino el núcleo necesario de nuestra existencia colectiva.

Pero, singularmente para nosotros, este desafío cultural es algo ineludible, por lo mismo que somos una Universidad Católica, y que la evangelización no es un agregado a nuestra cultura latinoamericana y chilena, sino un elemento constitutivo de la misma. En palabras de San Anselmo, que el Papa Juan Pablo II ha repetido muchas veces, la nuestra es una fe que busca a la inteligencia, *fides quaerens intellectum*. Pero en nuestra América, esa palabra tiene un acento peculiar, porque la Iglesia tiene una suerte de connaturalidad con las raíces mismas de nuestra propia cultura, la cual brota de la empresa de evangelización del Continente. Y nuestra Universidad, obra de Iglesia, está llamada a descubrir y valorar esas corrientes profundas del espíritu en las que se nutre el alma de nuestros pueblos.

18. Recursos y Administración

Nuestra obra no tendría posibilidad alguna de sobrevivir, si no nos preocupáramos del complejo problema de la obtención y la asignación de sus recursos económicos. Este es un tema que ha promovido desencuentros y agrias polémicas. En torno a él se ha hablado mucho, y no quisiera cansarlos repitiendo cosas de sobra conocidas. Pero hay algo que debemos recalcar. Nos interesa salvaguardar y proyectar nuestra calidad universitaria. Nos tendríamos por mentirosos si consintiéramos en rebajarla. Y nos interesa aún más conservar nuestra identidad católica, nuestro ser distintivo, con esa forma de independencia a la que aludía nuestro primer Rector, al hablar de lo que sería su obra, como una "Universidad Católica Libre". Para ambas finalidades, necesitamos incrementar nuestros recursos y administrarlos bien. Nuestros ingresos están formados por los aportes fiscales, los fondos concursables, las matrículas, los ingresos propios, los ingresos de nuestro patrimonio, donaciones y "grants".

En los últimos años, los aportes fiscales han caído hasta niveles peligrosos. Más complicado aún que el nivel al que han descendido, es la incertidumbre hacia el futuro. La Universidad tiene derecho a esperar una ayuda del Estado, porque ella colabora, desde hace cien años, de modo destacado en su obra educativa. Es obviamente imposible planificar la actividad universitaria, si una porción tan importante de sus ingresos no se halla establecida, con una razonable seguridad, a un horizonte de unos cuantos años. Hay que pensar que la apertura o cierre de una carrera, es una acción que compromete a la Universidad por espacio de cinco o más años; por lo que un decremento progresivo y hecho a ritmo impredecible, además, de los aportes fiscales, no es compatible con una asignación óptima de ellos.

Creo que es mi deber señalar una vez más desde esta tribuna, la necesidad urgente de una política de educación superior que ofrezca garantías razonables de estabilidad, tanto para las funciones propiamente académicas de la Universidad, como para su irrenunciable finalidad de servicio a la promoción cultural y social de la parte más estudiantil de la juventud chilena. Una política así, es una exigencia de la cultura patria y de la paz social.

Aun en condiciones de recursos insuficientes, la Universidad asume la obligación de ayudar, dentro de sus posibilidades materiales, a esa promoción social y cultural de la población, por la vía de asegurar que una cierta proporción de estudiantes, capaces y de bajos recursos, puedan estudiar en ella.

El año pasado anuncié nuestro propósito de establecer tres criterios para abordar la situación económico-social de los estudiantes: aquellos que pueden pagar sus estudios, deberían pagar tan próximo como fuera posible al costo real de ellos. Aquellos que no pueden pagar, pero que estudian profesiones rentables a futuro, deben tener acceso a crédito. Y aquellos que no tienen recursos suficientes y que estudian carreras de escasa rentabilidad, deben ser becados. Supuesto, naturalmente, en los tres casos, que se trate de buenos estudiantes.

Puedo decir, con mucha satisfacción, que hemos logrado crear un Fondo de Becas para primer año, el cual ha permitido que el crédito universitario sea reemplazado por becas, precisamente en las carreras de más baja rentabilidad.

Por supuesto que esto exige que los sistemas para la recuperación de los dineros prestados, sean serios; necesidad que ha generado la penosa y muy exagerada cuestión de los avales, que por haber sido tratada in extenso recientemente, no merece la pena de desarrollarse aquí de nuevo.

Tal como lo he dicho en otras ocasiones, una política social válida para la Universidad involucra dos condiciones, a lo menos: la primera, es que la Universidad siga siendo una buena Universidad, de modo de ser una alternativa atrayente para quienes pueden pagar los altos costos de la docencia; y la segunda, es que la Universidad incremente sus ingresos propios, bajo las distintas modalidades que he señalado, en forma de asegurar una calidad de servicio que, de hecho, sea superior a su costo para el estudiante.

19. Patrimonio Universitario

De los ingresos propios, por trabajo universitario, he hablado también varias veces, recalcando su importancia. Quiero ahora recordar, en cambio, aun cuando sea de paso, la indispensable necesidad de cautelar el patrimonio de la Universidad.

Para valorar esta realidad, recordemos sólo la contribución que, a través del Club Deportivo de la Universidad, significó el terreno de San Carlos de Apoquindo; en el cual no vemos hoy solamente desarrollarse, con un vigor inusitado en nuestro medio, un Club Deportivo modelo, íntimamente ligado a la Universidad y pronto a dar cima a la obra notable de su Estadio, sino una reserva económica de grandes proporciones para los decenios que vienen.

En la misma línea se encuentran otras realizaciones, que he mencionado, como la creación del nuevo Pensionado: obra de concepción novedosa, que se construirá en colaboración con una mutual de médicos, todos ellos miembros de nuestra Facultad, pero que está concebido para que la utilidad o producto del capital que invierta la Universidad no revierta sobre la Facultad de Medicina, sino sobre el presupuesto universitario central, para ayudar así a tonificarlo. En esta forma, junto con mejorar la calidad del trabajo médico, se ayuda a llenar una necesidad social de nuestros docentes y se aumentan los ingresos centrales de la Universidad.

En este momento, como es obvio, el más importante patrimonio de la Universidad está constituido por su Canal de Televisión. Gracias a una administración excepcionalmente eficiente, y a la colaboración abnegada y leal de sus funcionarios, los largos esfuerzos de capitalización hechos por la Universidad han llevado a tener, no sólo el único Canal de cobertura nacional que se financia sin subsidios de ninguna clase en el país, sino que, además, una ayuda de primera importancia para la operación de la Universidad, en tal forma, que estas dos entidades sin fines de lucro pueden realizar una importante función social conjunta.

Debemos tener muy presente que el incremento de nuestro patrimonio es un asunto de primera prioridad, si queremos asegurarle un futuro decoroso a la Universidad; y que, por lo mismo, es necesario defenderlo frente a las ambiciones de quienes surgen en tiempos de tensiones y conflictos, y que nada han hecho para crearlo, pero no serían ajenos a la idea de servirse de él para sus propios fines.

20. Descentralización

Entre las maneras de aprovechar de modo inteligente nuestros recursos, quisiera destacar la descentralización en el manejo administrativo de las unidades; política en la que pensamos insistir, porque está demostrando que, gracias a ella, se consigue un importante incremento en la eficiencia y en la propia libertad académica.

21. Asociación de Ex-alumnos y Amigos de la Universidad

En este año del centenario, sería menester destacar, de modo prominente, la creación de una gran Asociación de Ex-Alumnos y Amigos de la Universidad. Nuestra institución, obra de la iniciativa de muchos hombres, bajo la inspiración de la Iglesia, vive de una atmósfera invisible, que es como el aire que respira, y que está formada por los que se sienten ligados a ella por lazos de afecto o gratitud. Queremos movilizar, a través de la celebración del centenario, a todas esas personas, para constituir un gran conglomerado humano, que sea el mejor sostén de nuestra obra en el futuro. La importancia que esta Asociación puede alcanzar, se hace evidente si se miran algunas realizaciones: el edificio que, pronto, Dios mediante, inauguraremos para la Facultad de Economía, es una muestra de lo que se puede conseguir movilizándolo con tesón y talento esas fuerzas creativas.

22. Universidad Católica y Desarrollo

Me he detenido en estos aspectos, no porque crea que ellos pueden desarrollarse adecuadamente en un discurso como éste, sino porque apuntan a un aspecto que es fundamental para entender el sentido de una universidad moderna, y el de ésta en particular, y que es, a veces, muy mal comprendido, porque los círculos académicos e intelectuales suelen ser muy insensibles a los cambios sociales. La universidad contemporánea es una entidad muy compleja y costosa, que demanda un enorme esfuerzo, el que no fue realmente necesario para la universidad de épocas pasadas. El impulso originario de la universidad, se expresa ahora a través de formas nuevas de trabajo, que exigen una combinación sabia de los aspectos puramente intelectuales con las exigencias de una gran organización, y la obtención de recursos abundantes y su correcta asignación. Donde uno de estos aspectos falla, la universidad se desvirtúa, y se transforma, ya sea en una máquina sin alma, ya en una tertulia intrascendente.

Es esta realidad la que hace de la universidad moderna un arma esencial del desarrollo. Y esto es particularmente interesante para una universidad católica, porque, como lo ha reiterado la enseñanza del Papa Juan Pablo II, la noción de desarrollo no es solamente laica o profana, sino que, dentro de su acentuación socioeconómica, ella viene a ser la "expresión moderna de una dimensión esencial de la vocación del hombre". La condición del hombre de ser imagen de Dios, es esencialmente dinámica en cuanto "en ella está el germen y la exigencia de una tarea", la de cultivar el mundo y de dominar las criaturas, y no de cualquier modo, sino en el marco de la obediencia a la ley divina. Toda la historia del género humano, aun la que recoge la Biblia para los hijos de Caín, "es una historia de continuas realizaciones", siempre puestas en crisis y peligro por el pecado.

Por eso, el desarrollo actual es un momento de la historia iniciada en la creación, y puesta en peligro constante por la infidelidad del hombre; pero que corresponde fundamentalmente a las premisas iniciales. "Quien quisiera renunciar a la tarea difícil, pero exaltante de elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombres, fundándose en la evidencia de los fracasos, o en la dificultad de la lucha, faltaría a la voluntad del Dios Creador."

No puede pues plantearse una disyuntiva entre la preocupación por el desarrollo y la preocupación por la cultura, como si fuera entre meras necesidades materiales, por un lado, y obras del espíritu, por otro. El sujeto del desarrollo y el de la cultura es uno solo, el hombre, sujeto también del trabajo. Por el trabajo, físico o intelectual, el hombre no sólo transforma la naturaleza, sino que también se hace a sí mismo "más hombre", con tal de que en el ejercicio del trabajo no se pierda ni por un momento la dimensión del hombre como "el que ejerce un señorío", el "que domina".

Y en verdad, parece estar en el sentido mismo de la cultura moderna el buscar como a ciegas ese rol de creación: creación en la ciencia, creación en las artes, creación de riqueza y de bienestar, de medios técnicos que hagan más humana la vida en la tierra. La convivencia creciente en la universidad de ciencias puras y aplicadas, humanidades y ciencias naturales, tecnologías y artes, no es entonces un fruto del acaso, o de un devenir ciego, sino un lento descubrimiento colectivo del valor creativo del trabajo universitario, de la colaboración a la obra creadora de Dios que le corresponde a esta comunidad o institución. Y la evolución actual de la universidad no debe asustarnos por una añoranza de pasado perdido, sino reclamarnos hacia una obra de creación colectiva por la que hagamos presente el designio de Dios sobre la tierra.

23. Presente y Futuro

No se trata entonces de cualquier desarrollo. Se trata de un desarrollo animado por nuestra propia cultura, en forma tal que él procure ser "de todo el hombre y de todos los hombres"; lo que, concretamente, significa hoy, que él esté arraigado en un cultivo, en una cultura de la solidaridad. La Patria que deseamos para el futuro, será solidaria o no será. Y solidaridad no significa la mezquindad de un reparto, sino la incorporación a una obra común, en la que todos tengamos, y todos busquemos para nuestros hermanos, una parte de autoría, libre y responsable. La tarea puede parecer enorme, inabarcable; pero no lo es más que la que acometieron hace un siglo los hombres cuya memoria veneramos, y que tuvieron la sabiduría de no poner su confianza en sí mismos.

Al comenzar este segundo siglo de vida de nuestra Casa, frente a tantas dificultades e incertidumbres que encontramos a cada paso, ¿a dónde podría yo volver la mirada, sino a aquella a la que Dios parece haber puesto como especial protección de nuestra América?; en cuyas tierras ella ha conservado la adhesión sencilla de nuestro pueblo fiel, tanto como ha apoyado la fe, a veces vacilante, de los que eran seducidos por la sabiduría del mundo, a la que hemos rezado desde niños, tanto como esperamos hacerlo en la última hora de nuestras vidas. ¡Qué mejor cosa podría yo hacer como Rector, que confiar, este siglo que empezamos, a la Virgen María!. Y repetir las palabras en las que tomó cuerpo, a lo largo de la historia de la Iglesia, la oración de innumerables almas santas: "Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios".

Nuestra Universidad ha conocido épocas de tensiones políticas, de desconcierto en las ideas, de revoluciones y conflictos. Dios ha querido que ella siguiera fiel a su vocación cultural, que trasciende a las coyunturas que apasionan a los hombres. Creo que es esa fidelidad la que le ha merecido, como su parte en la tierra, el poder aportar cosas decisivas al desarrollo de Chile. Por mucho que queramos ser comprensivos y abiertos para todos, hasta para los más impacientes, no pensamos olvidar, ni por un momento siquiera, cuál es el hondo significado de esta obra que nos está confiada; y que hoy, en el umbral de su segundo siglo, ofrecemos de nuevo a la gloria de Dios, para el progreso del saber y el bienestar de los hombres.

20

Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Casa Central, el 10 de junio de 1988, en la festividad litúrgica del Sagrado Corazón, Día de la Universidad, en el Año de su Centenario.